

# 40: Fragmento del Pasado: La Última Defensa de Mechron - La Carrera Perfecta

- 40: Fragmento del Pasado: La Última Defensa de Mechron - La Carrera Perfecta

# 40: Fragmento del Pasado: La Última Defensa de Mechron - La Carrera Perfecta

Construida en un valle rodeado por cinco montañas, Sarajevo había sido en otra época un lugar hermoso. Una mezcla perfecta de pequeñas casas rurales y altos edificios modernos, la ciudad fue escenario de eventos como los Juegos Olímpicos de Invierno de 1984, sobrevivió a las guerras yugoslavas y prosperó en la etapa posterior.

Pero eso quedó muy atrás.

Hoy, Sarajevo era una visión infernal. Un cementerio de acero gobernado por un lunático, con cielos oscuros incluso en los días más brillantes.

Solo permanecían en ruinas en descomposición de la antigua ciudad, consumidas por una nube púrpura nociva. Los demás edificios eran fábricas, instalaciones de desarrollo de armas, torretas y torres imponentes de acero negro. La estructura más alta era la fortaleza de Mechron en el centro de Sarajevo, una fusión en forma de símbolo de infinito que combinaba una base militar y un acelerador de partículas. Finalmente, los pylon en las montañas del valle proyectaban un campo de fuerza rojo alrededor de la ciudad, lo suficientemente potente como para resistir los misiles balísticos intercontinentales de la OTAN.

Esta neblina que cubría la ciudad era una plaga biológica creada para exterminar a los humanos, dejando solo a las máquinas intactas. Robots merodeaban por las calles, desde blindados futuristas automatizados hasta cíclopes humanoides de dos metros de altura, mientras drones voladores ocupaban los cielos. Entre estas máquinas, algunas eran cyborgs, cadáveres a medio descomponer reanimados parcialmente con tecnología, cuando a Mechron le faltó mineral raro. El ejército de máquinas permanecía allí, organizado en formaciones defensivas, esperando que comenzara la batalla sin gastar una sola gota de energía. Incluso el río Miljacka, que alguna vez cruzó la núcleo de la ciudad, había sido secado.

Al contemplar esta tragedia desde las alturas celestiales, Leonard Hargraves solo pudo sentir tristeza. Las Guerras del Genoma comenzaron aquí hace nueve años; y, de una forma u otra, terminarían hoy.

Aunque mucho después de haber provocado el fin del mundo, Mechron seguía siendo un enigma. Pythia dedujo que era un sobreviviente del genocidio bosnio y del asedio de Sarajevo a mediados de los noventa, un ingeniero eléctrico de profesión. Su primer acto tras obtener su Elixir fue un atentado terrorista contra el Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia, por su aparente indulgencia con los criminales de guerra, antes de escalar en la guerra contra Serbia. La situación se tornó rápidamente en un conflicto europeo, y finalmente en un intercambio nuclear.

Mechron pasó toda la Guerra del Genoma refugiado en Sarajevo, dejando que sus máquinas y aliados del Genoma lucharan por él. La Frontera Anti-Mechron había destruido lentamente sus bases principales y eliminado a sus lugartenientes durante los últimos seis años, y hoy, finalmente, reunían suficientes héroes para acabar con el conflicto de una vez por todas.

—¿Estamos listos? —preguntó Leo.

—Sí —contestó la voz de Alice Martel, alias Pythia, por telepatía—. Los grupos de la Luz del Caballero y Nidhogg están en posición.

Mientras sentía orgullo de luchar junto a la Luz del Caballero, la participación de Nidhogg terminaba por dejarle un sabor amargo en la boca a Leo. Aunque se mantenía en su territorio y no causaba problemas salvo cuando era provocado, aquel hombre era un villano, sin duda alguna. Sus seguidores habían tomado gran parte de Dinamarca y permitieron que sus Geniuses realizaran algunos experimentos médicos cuestionables allí.

Desafortunadamente, la Frontera Anti-Mechron no podía tomar Sarajevo sin ayuda, y la guerra había exigido compromisos morales. Nidhogg estaba dispuesto a ayudar cuando muchos otros no lo estaban, incluso cruzando medio continente para ofrecer apoyo. Aunque actuaba por mera autopreservación, este Genoma Verde comprendía que Mechron representaba una amenaza existencial para toda la humanidad, y que debía ser detenido a toda costa.

Así, aunque en el futuro podrían ser enemigos, Leo le otorgaría cierta indulgencia y ambos se separarían en buenos términos.

El sol viviente lanzaba su última mirada a la ciudad de hierro desde su altitud actual antes de regresar a la base a la velocidad de un caza de combate. El cuerpo humano de Leonard había sido transmutado en una estrella viviente, una masa de plasma solar sostenida únicamente por un núcleo central y sus propias fuerzas gravitatorias. Aunque no envejecía en su forma de sol, el Genoma solía volver a su aspecto humano cuando no estaba en misiones, pues se sentía menos él mismo cuanto más tiempo permanecía transformado. Sus pensamientos pasaban de ser humanos a los de una estrella, deseando arder intensamente y iluminar el cosmos. Era un esfuerzo mental constante para Leo contener su radiancia y evitar quemar todo a su alrededor. A veces, sentía que vivía en un mundo de cajas de cerillas.

Hoy sería una oportunidad rara para darlo todo. Quizá la última.

En total, más de quinientos Genomas se habían reunido en tres campamentos alrededor de Sarajevo. Los humanos normales no podían sobrevivir a la bio-plaga de Mechron, ni enfrentarse a sus máquinas, por lo que no aplicaba.

Leonard sobrevoló el campamento, donde todos se estaban preparando para la guerra. El doctor de la peste, Stitch, terminaba de inocular a los soldados con protecciones adicionales contra las bio-plagas; el cosaco se había puesto su armadura de poder blanca, con un cañón montado en el hombro derecho y un escudo de campo de fuerza en el izquierdo; Kresnik y Kudlak, los hermanos licántropos, se habían transformado en enormes lobos humanoides del tamaño de osos polares, uno blanco y otro negro. Una Violet convocaba bestias de guerra de planetas alienígenas para servir como tropas de asalto, mientras que los Genomas anaranjados se transformaban en seres de metal y piedra.

Alice estaba conectando a las personas cerca del centro del campamento, con Sidekick a su lado para potenciar sus poderes. Una hermosa mujer rubia con ojos azules, Alice era una poderosa clarividente con la capacidad de crear enlaces telepáticos entre personas al tocarlas; aquellos con quienes “conectaba” trabajaban de forma intuitiva como una mente colmena, muy parecido al ejército de robots de Mechron formando un superorganismo que se extendía a través de innumerables cuerpos.

Además de potenciar el trabajo en equipo, el poder de Pythia también podía usarse con fines precognitivos; cuanto más personas conectaba, mejor podía anticipar el futuro. En muchos sentidos, ella había sido la fuerza impulsora de esta alianza. La batalla de hoy sería la culminación de su partida de ajedrez con Mechron, y los héroes serían sus piezas.

Sidekick, por su parte, era un joven de aspecto ordinario, con cabello castaño y ojos color ámbar. Pertenecía al grupo de la Luz Radiante, siendo un Blanco que potenciaba el poder de otros Genomas mientras permanecieran a menos de diez metros de él. Pronto, el trío se reuniría con Calculator, un Genio con la habilidad de calcular probabilidades hasta el punto de la precognición.

Pythia, Calculator y muchos otros Genomas Azules habían debatido sobre el plan de ataque; desde destruir Sarajevo con armas nucleares hasta una guerra de guerrillas, todo se había considerado. Leo no sabía qué les hizo decidirse por una invasión convencional, aparte de las menciones a un ‘sistema de mano muerta’, pero confiaba en su juicio.

Algunos, como Pythia, eran miembros del Carnaval de Leo. Otros eran bandas de héroes o vigilantes como el cosaco, que respondían al llamado de la guerra. Dynamis no había enviado a nadie, aunque sí proporcionaron equipo.

Estaban demasiado ocupados lidiando con Augusto en Italia.

El mero pensamiento de su némesis enfurecía a Leonard, recordándole aquel día terrible en que regresó a la granja Costa, solo para encontrar a todos sus habitantes asesinados. Había jurado traer a su asesino ante la justicia y, una vez que terminara con Mechron, cumpliría con esa promesa.

El sol viviente—aunque no le gustaba ese apodo—atterizó cerca de Alice, bajando la temperatura de su cuerpo para evitar que ella se incendiara. "Leonard", dijo con una sonrisa cálida. A diferencia de los Genomas que conformaban el ejército, ella vestía de manera casual. "¿Listo?"

“Como el día en que nació.” Aun antes del apocalipsis, Leonard había sido bombero a tiempo completo en la Brigada de Bomberos de Londres; una ironía considerando su principal poder. Le gustaba pensar que seguía apagando incendios que amenazaban a los inocentes, incluso si algunos podían lanzar relámpagos con los ojos. “¿Cuánto tiempo nos queda?”

“Lo suficiente para un último discurso, si estás dispuesto.”

Ella intentó usar el humor, pero Leonard no ocultaba su preocupación por su vieja aliada. “¿Estás segura de que quieres hacer esto?” le preguntó. “Nunca has reunido a tantas personas a la vez, incluso con ayuda de Sidekick.”

“No podemos superar a una IA combatiente sin el uso de nuestros poderes,” respondió Pythia. “Los ejércitos de Mechron son tan efectivos porque luchan como uno solo. Nos llevan por más de mil a uno; incluso con superpoderes de nuestro lado, necesitamos todas las ventajas posibles.”

“Solo digo que los riesgos son grandes.” Ella solía sufrir terribles dolores de cabeza cuando dirigía a un grupo grande, pero nunca uno de esta magnitud. “A diferencia de mí, tú todavía tienes un esposo e hijo en casa.”

“Precisamente por ellos estoy dispuesto a arriesgarlo todo.”

Leonard no pudo contradecir esa razón.

Como si fuera una señal, varios combatientes se acercaron a ellos. La mayoría eran veteranos de varias batallas, otros nuevos reclutas. Leonard reconoció a algunos de sus compañeros entre ellos. El teleportador Ace, una joven con pecas y largo cabello castaño, vestida como una forajida con botas altas, un abrigo rojo y un sombrero con plumas; y el señor Ola, una criatura de ondas de energía pura, mantenida en un elegante traje púrpura.

Todos los ojos estaban puestos en Leo.

“Yo no soy de hacer discursos,” declaró el Re Corporado. El Caballero Brillante y Nidhogg seguramente estaban hablando con sus tropas, a kilómetros de distancia. “Así que seré breve y directo. Esto es todo. Esta será la batalla final. Mechron está exhausto. Sus instalaciones, las que logramos localizar, han sido destruidas. Su último lugarteniente del Genoma, Asmodeus, ha sido asesinado. Tiene pocos soldados, pocas armas, pocas opciones. Este es su último intento, y lo sabe. La noticia debería ser un alivio, porque todos hemos perdido algo a manos de este loco. Familia. Amigos. Hogar. Pero como dicen, una rata acorralada—”

“Daré mordisco a un gato,” musitó Ace, mientras algunos en la audiencia se reían. “Ya sabemos, siempre dices lo mismo.”

“Pero esta vez, la rata muy bien podría acabar con el gato,” continuó Leo con la metáfora.

Por orden de Pythia, un genoma manipulador de la luz proyectó la imagen de dos enormes máquinas de guerra detrás de Leonard. Enormes satélites equipados con velas solares y enormes cañones láser.

“Estos son el Kujata y el Bahamut, satélites orbitales con el poder de devastar países enteros,” explicó Leonard. “Las armas orbitales previas de Mechron permanecían en órbita terrestre baja, donde podían ser destruidas. Pero las nuevas volarán mucho más lejos, en el espacio profundo, y ni siquiera yo podré alcanzarlas. En unas horas, quizás minutos, Mechron intentará lanzarlas y acabar con todos nosotros.”

Susurros recorrieron la multitud mientras la grave realidad de la situación se asentaba en sus mentes.

“Sé que algunos de ustedes, incluido yo mismo, estaban algo nerviosos con la ayuda que reclutamos para esta guerra. Pero esto no es una batalla entre naciones, ni entre héroes y villanos. Es una lucha entre la vida y la muerte. Y más que nunca, es una carrera contra el tiempo. Nuestros objetivos son dos: destruir estos satélites antes de que puedan activarse y derrotar a Mechron de una vez por todas. En los últimos meses, hemos bloqueado metódicamente sus rutas de escape. Hoy, luchamos hasta la muerte.”

"Bien," dijo el Cosaco, con un tono peligroso. "La muerte de Mechron."

"Sí," asintió Leonard. "Mechron entregó su humanidad hace mucho tiempo. Quiere destruir todo lo que nos hace humanos; reemplazar nuestros corazones por metal y nuestras almas por tecnología. Es un déspota que cree que los hombres deben ser sus esclavos porque solo ve lo peor en nosotros. Pero está equivocado."

El sol viviente levantó la mano, y los satélites más allá de él colapsaron en un destello de luz brillante.

"¡Los humanos no somos esclavos!" gritó. "Mechron eligió ver lo peor, pero nosotros decidimos ver lo mejor: que los humanos somos capaces de compasión, de arte y bondad, de grandeza. ¡Y juntos acabaremos con esta pesadilla que dura ya una década! ¡Hoy, recuperamos nuestro planeta!"

Su declaración fue recibida con una cacofonía de gritos y gritos de guerra.

Inmediatamente después, Leonard cruzó los cielos, seguido por docenas de pilotos. La armadura del Cosaco activó sus potentes hélices en la espalda; un humanoide de cromo surcó el aire a su voluntad. Las fuerzas terrestres avanzaron hacia el escudo en vehículos de asalto o teleportados por teleportadores.

"Ahora, llega el momento de la verdad." Leonard voló por encima de las nubes, enfrentándose al escudo. Acumuló energía en su núcleo, preparándose para estallar en supernova.

Y entonces, convirtió el mundo en llamas.

Su núcleo cardíaco lanzó un haz concentrado de luz que quemó los cielos. El láser ionizado impactó contra la fuerza de campo carmesí y la montaña que sostenía uno de los pilones, derritiendo la piedra. La fuerza de campo onduló como agua al recibir la explosión, una fuerza imparable ante un objeto inamovible.

Y entonces... uno de ellos se rindió.

La barrera de protección alrededor de Sarajevo se apagó y el rayo de Leo vaporizaron el pilón que la sostenía. La explosión siguió su curso hacia la ciudad, atrapando toda una calle en una detonación catastrófica.

El escudo colapsó en toda la ciudad, y el ejército de Mechron despertó.

Drones esféricos se expandieron instantáneamente por los cielos como una bandada de insectos, abriendo fuego con láseres contra los héroes. Quemaron orificios en las torres metálicas, revelando centenares de cañones de haz, mientras los robots y vehículos en tierra respondían con una lluvia de artillería.

Los aliados voladores de Leo se movieron para interceptar la nube de drones, mientras el Genoma de fuego se recuperaba del esfuerzo. Aunque podía recurrir a una reserva de energía enorme, necesitaba tiempo para reabastecerse.

Con el escudo destruido, otros grupos dieron el paso a la acción. Un destello de luz verde iluminó la oscuridad al este, donde Nidhogg comenzaba su transformación. El Genoma verde se metamorfoseó en una colosal serpiente de kilómetros de largo, con cráneos humanos como escamas; el monstruo se deslizó hacia la ciudad, con su veneno derritiendo la piedra, mientras sus propios caballeros lo seguían. Luces parpadeantes de color púrpura surgieron por todo Sarajevo, en tanto Ace teleportaba pequeños grupos a través de la ciudad.

Explosiones sacudieron Sarajevo al oeste, el Caballero Resplandeciente había entrado en la ciudad. Aunque no era un guerrero de gran envergadura, la carismática lideresa de los hombres dirigió personalmente a sus tropas en combate. Su armadura verde pesada resistió los láseres, mientras cortaba robots con su brillante espada de energía. Su contingente fue, con diferencia, el más grande, representando casi la mitad de los Genomas que participaban; la mayoría eran los defensores de un estado democrático surgido de las cenizas de Alemania, la Nueva República de Baviera.

Mechron había destruido su hogar una vez, y ahora verían justicia cumplida.

Habiendo recobrado fuerzas, Leo entró en la ciudad, seguido por el Cosaco y otro compañero en capa. Sus aliados habían abierto camino, enfrentando a la nube de drones, pero resistían con dureza. Las torres dispararon cientos de láseres en todas direcciones, cortando de igual modo a Genomas y edificios, mientras la artillería de las torretas defensivas destruía casi todas las construcciones en ruinas que aún permanecían.

Y por supuesto, el señor Onda no pudo evitar jactarse. El presumido se había detenido en medio de una calle repleta de robots, con las manos en alto.—¿Pueden sentir miedo, robots?— Los robots abrieron fuego en pleno discurso, pero los láseres y las balas atravesaban sin daño alguno el Rejuego Rojo.—¡Porque el señor Onda se alimenta de lágrimas!—

El señor Onda desapareció, su cuerpo de longitud de onda convirtiéndose en un láser mortal que avanzaba a la velocidad de la luz. Antes de que Leo se diese cuenta, su compañero había abierto

camino entre los robots, partiendo las máquinas en dos solo con su paso. Mientras tanto, los hermanos lupinos estaban ocupados desgarrando un tanque con sus garras desnudas, liderando una manada de monstruos.

El caballero en capa se lanzó contra una de las torres de metal y la derribó atravesándola. Los otros voladores se dispersaron para apoyar a las fuerzas terrestres, mientras Leonard y Cossack avanzaban hacia la fortaleza de Mechron.

Los muros de la enorme base se abrieron, enviando olas de robots propulsados por jetpack, armados con potentes fusiles. Dispararon de inmediato una andanada de proyectiles negros contra ambos, obligándolos a dispersarse. Aunque avanzaban lentamente, las balas de los robots atravesaban cualquier materia, absorbiendo todo a su alcance.

Fusiles de gravedad. Leonard ya había enfrentado algunos en combates anteriores, y uno casi le desgarró el núcleo. Sospechaba que Mechron había diseñado esa arma específicamente para matar a los Genomas energéticos como él.

Leonard contraatacó con haces de plasma, mientras Cossack golpeaba a las máquinas con su cañón de hombro. Ambos apuntaban con mortal precisión y se movían con elegancia; las máquinas esquivaban con destreza y reflejos sobrehumanos, mientras que los Genomas contaban con la velocidad como ventaja.

Guiado por la red de Pythia, Leonard se sumergió en una especie de trance, movido por su propio impulso. Era como si un instinto primitivo lo dominara, apagando su mente consciente y dejando sólo un programa de combate. Se convirtió en algo igual a las máquinas contra las que luchaba.

No, Leo comprendió. Él era distinto de esas máquinas. La red de Pythia permitía que cada individuo conservara su libre albedrío, aun cuando personas de orígenes distintos y sin nada en común cooperaran por una causa común. Su ejército era una unión en su diversidad, mientras que las máquinas de Mechron eran copias sin mente ni alma; esclavos sin voluntad, sirviendo a un déspota que consideraba la libertad como una enfermedad, en lugar de un valor digno de ser protegido.

Y en cierto momento, la red de Pythia comenzó a superar la mente colectiva robotizada de Mechron. Leonard alcanzó a un robot, luego a otro, y después a un tercero. Los números iban en aumento, pero la visión de los Genomas se había reducido a explosiones, balas negras y metal en llamas.

Cincuenta, setenta...

—¿Cuándo aprenderán?— preguntó Cossack, bombardeando drones con su cañón de hombro. Leo le ayudaba con ráfagas de plasma, mientras sus compañeros coordinaban su ataque con perfecta sincronía; la red de Pythia incluso les permitía oírse unos a otros por encima de las explosiones, por sorprendente que fuera.

Y, sin embargo, pese a su formidable resistencia, seguían llegando más robots.

Había algo aterrador en luchar contra esas máquinas. Los humanos y animales podían sentir miedo, huir de batallas perdidas, vacilar antes de atacar o intentar comunicarse. Pero no los robots de Mechron. Ellos no sentían remordimiento, no hacían ningún sonido y nunca se retiraban.

Leo combatía contra una marea implacable de acero que sólo buscaba acabar con su vida.

A pesar de todo, la batalla parecía favorecer a sus oponentes. Las tropas del Caballero Luminoso mantenían la línea en el lado oeste, mientras Nidhogg había llegado a la ciudad, derribando edificios y aplastando una torre láser con su peso descomunal. Los cadáveres de los cyborgs no-muertos de Mechron eran absorbidos por el enorme reptil al primer contacto, regenerando su biomasa perdida por las armas energéticas enemigas.

Una vez transformado, Nidhogg era casi imparable. Una máquina de guerra alimentada por la muerte. Sus tropas le seguían en su rastro, Genomas modificados mediante implantes cibernéticos o biológicos; como las lampreas que se sostienen sobre un tiburón mayor, dedicados principalmente a defender a su líder de los enjambres de drones menores que amenazaban con asaltarlo.

El plan era que el titán reptiliano destruyera las torres defensivas y luego rompiera la fortaleza de Mechron con su aliento ácido, aunque el Inventor rebelde podría tener un truco bajo la manga.

Al parecer, sí tenía dos.

La Genómica Roja detectó movimiento cerca de la fortaleza de Mechron, abriendo agujeros en el interior de los dos círculos que conformaban la figura de infinito de la base. Dos enormes cohetes, del tamaño de rascacielos, emergieron del suelo y ascendieron velozmente hacia el cielo.

Habían sido lanzados el Kujata y el Bahamut.

Leo rápidamente les dio alcance, lanzando un rayo de plasma contra el Kujata. Un campo de fuerza alrededor del cohete anuló su ataque, y aunque se cortó brevemente, ambas armas orbitales continuaron su ascenso.

—Si llegan demasiado lejos...—Leonard no pudo terminar su oración, abriendo un camino a través de los robots voladores. No luchaban para ganar, sino para retrasar.

—Si—, respondió el cosaco con una expresión lacónica, volando tras el Kujata a toda velocidad. La fuerza G involucrada habría aplastado a cualquier piloto normal, pero el justiciero siguió adelante, alcanzando el satélite. Era un hombre que creía en las acciones por encima de las palabras.

Leonard persiguió al Bahamut, con la intención de estrellarse contra él y superar su campo de fuerza, cuando un rugido resonó tras él.

La Genómica Roja se dio la vuelta, mientras una criatura emergía de la fortaleza.

La criatura parecía una especie de dragón europeo biomecánico. El reptil de diez metros de altura tenía alas similares a velas solares, sus escamas rojas mezcladas con maquinaria negra cubrían el

pecho, la cabeza y las garras. Sus ojos amarillos y reptilianos lo miraban fijamente, revelando una chispa de inteligencia.

¿Qué diablos era eso, una máquina de guerra biomecánica? Leonard no tenía tiempo para luchar contra ella, o el Bahamut podría escapar de la órbita terrestre.

Como si respondiera a sus pensamientos, el dragón señaló a Leonard con ambas manos, cuyas garras brillaban con energía carmesí.

Una fuerza aplastante se apoderó del sol viviente y lo desplazó hacia abajo. Para su sorpresa, Leonard terminó cayendo hacia el suelo, una mano invisible lo arrastró lejos del Bahamut.

Aunque era más hábil con plasma y fuego, Leonard podía manipular su propia gravedad. Aunque principalmente la usaba para volar, había aprendido algunos trucos más. Manipulando su campo gravitatorio, logró colapsar el efecto que lo hundía y volvió a la pelea.

—¿Qué fue eso?—preguntó en voz alta, persiguiendo al dragón.—¿Un pozo gravitacional?

—Control de gravedad—, dijo Pythia mientras el dragón rugía de nuevo—. Es un Red.

Leonard pensó que había malentendido por un momento.—¿Qué? Pero solo los humanos—

—Hasta ahora.

El poder de Mechron abarcaba sistemas multiagente, desde inteligencias artificiales hasta construcciones nanotech. Su método era crear IA dedicadas a la innovación tecnológica, permitiéndole avanzar en campos ajenos a los suyos. Mechron era la clase más peligrosa de Genio; la que podía crear aún más.

Pero pensar que había descubierto el secreto de los Elixires...

No se podía permitir que el Inventor rebelde escapara. Sin importar qué.

Acumulando plasma en su núcleo, Leonard disparó un rayo mortal contra la criatura. Aunque se movía a velocidad supersónica, el monstruo no podía superar la velocidad de la luz.

Pero, en realidad, no tuvo que hacerlo. En cambio, utilizó su propia habilidad de gravedad para crear un agujero negro en el aire vacío, del tamaño de un puño. El fenómeno absorbió al dragón y luego desapareció, mientras el rayo de iones solo alcanzaba aire.

Maldita sea, ¿usó la gravedad para crear un agujero de gusano o algo similar?

Sea cual sea el caso, había cumplido su misión de retrasar a Leonard. El cosaco había logrado de alguna manera derribar a Kujata, los restos de la satélite cayeron sobre las calles de Sarajevo, mientras que Bahamut se había convertido en un tenue destello luminoso en el cielo.

“¡Mierda!”

“Hay un setenta y tres por ciento de probabilidades de que Bahamut dispare contra Sarajevo una vez que esté en línea, según Calculador,” advirtió Pythia. “Aumenta un punto cada diez minutos.”

¿Se habría desesperado Mechron hasta el punto de disparar contra su propia base?

Ya no se trataba de ganar.

Leonard miró hacia los cielos, dispuesto a seguir a la satélite incluso en las oscuras profundidades del espacio si fuese necesario cuando la voz de Pythia le interrumpió. “No, no lo hagas. Ataca la fortaleza y llega a Mechron. Mátalo antes de que active el interruptor. Las probabilidades son mejores.”

“Pero la satélite—”

“Se avecina algo peor.”

Leonard se detuvo en seco. “¿Qué quieres decir?”

“Si no destruyen su fortaleza pronto, de alguna manera Mechron eliminará a todos en Sarajevo,” dijo Pythia, con la calma quebrada por un miedo genuino. “Dañen el búnker cueste lo que cueste.”

“¿Qué me espera dentro?”

“No lo sé.” Sus palabras se volvieron inquietantes. “Solo veo negro. Todo es negro.”

Leo se preparó para la batalla y voló a velocidad supersónica a través de las paredes metálicas de la fortaleza.

Mechron esperaba, en las profundidades.